

EL MUNDO DE LA VIDA EN LA ECONOMÍA DE LA SALVACIÓN

THE WORLD OF LIFE IN THE ECONOMY OF SALVATION

[Artículo de reflexión]

¹Fray Brayan Álvarez, O.P.

Resumen

La humanidad, a pesar de su razón y cultura, se enfrenta a límites y sufrimientos que generan desolación y necesidad de esperanza. La fe cristiana ofrece consuelo a través de la esperanza escatológica en Cristo, verdadero Dios y Hombre. Esta esperanza, iniciada en el pueblo de Israel, se cumplió con la llegada de Cristo, revelando la promesa divina. Gracias a Él, el mundo de la vida adquiere un nuevo sentido: deja de ser pasivo y se convierte en lugar de salvación, donde el ser humano colabora con el Reino escatológico.

Palabras Clave: Esperanza, mundo de la vida, muerte, salvación, Iglesia, pueblo de Dios.

Abstract

Humanity, notwithstanding its rational and cultural advancements, confronts inherent limitations and sufferings that yield despair and a profound need for hope. Christian faith provides solace through eschatological hope in Christ, the incarnate God and Man. This hope, first kindled among the Israelites, was realized through Christ's advent, unveiling God's covenant promise. Through Him, the world of life assumes a transformative significance: transitioning from passivity to a realm of salvation, where humanity participates in the eschatological Kingdom.

¹ Fraile Dominicano, licenciado en filosofía y letras de la Universidad Santo Tomás de Aquino, estudiante de teología de la Universidad Santo Tomás de Aquino.

Keywords: Hope, world of life, death, salvation, church, people of God.

Introducción

En una sociedad donde la conciencia de una realidad espiritual se encuentra adormecida debido a las ideologías que priorizan el dominio y la perpetuación de la prosperidad material, de lo efímero y lo cambiante, se percibe una distorsión de la esperanza cristiana. Esta situación ha sido agravada tanto por las angustias que afligen a la humanidad como por las crisis originadas en las distintas instituciones de vida religiosa, por su falta de testimonio, ocasionando una pérdida de esperanza. Es así que, a pesar de que la esperanza siempre ha sido el faro que ha guiado a los hombres a través de las dudas, las crisis y los problemas existenciales, en estos tiempos, se observa que la esperanza está en crisis debido a que el hombre no se percibe como una realidad trascendente, ni al mundo como posibilidad de salvación, o, al menos, esa es una de las razones.

En este contexto, Cristo se manifiesta como el eschatón, quien no solo ha asumido la humanidad para glorificarla, sino que también se ha hecho presente en medio de la creación como posibilidad de gracia, como realidad salvífica. De allí que sea en el seno de los horizontes vitales, social, económico, político, familiar o religioso, donde se ofrece, construye y posibilita el reinado de Jesucristo, para vivir desde este momento, desde el *Kairós* (como dirán los griegos), la esperanza escatológica. Por lo tanto, surge la pregunta: ¿qué significa vivir el sentido del presente histórico (social, político, económico, cultural) desde la promesa de la esperanza escatológica?

Así las cosas, esta reflexión teológica se centra en cuatro ideas principales. En primer lugar, se desarrolla el concepto de esperanza escatológica partiendo del Antiguo y Nuevo Testamento, mostrando la evolución de la vivencia escatológica antes, durante y después de la venida de Jesucristo. En segundo lugar, se analiza la actualización de la promesa de la esperanza escatológica en el contexto del presente histórico, buscando vislumbrar en el *mundo de la vida* la configuración con el Reinado de Cristo. En tercer lugar, se realiza la construcción de narrativas, con los laicos de ²CommuniOP sobre la concepción de la esperanza cristiana en medio de la realidad de la muerte, y, en cuarto lugar, se expone una síntesis de la perspectiva bíblica y experiencial de los laicos, iluminadas por el concepto filosófico del *mundo de la vida*,

² Grupo laical que tiene como objetivo formarse en temas teológicos por parte de los frailes dominicos.

buscando una reflexión encarnada y cercana de la esperanza escatológica en la realidad del presente histórico.

El objetivo de esta investigación es analizar la comprensión de la esperanza escatológica en las realidades del *mundo de la vida*, mediante la construcción de narrativas de las experiencias de dolor, sufrimiento o muerte de los laicos de la comunidad pastoral de CommuniOP, con el fin de iluminar sus realidades desde una perspectiva cercana de la esperanza cristiana en medio de las circunstancias humanas.

Para este trabajo de investigación, se empleará el método teológico sapiencial, que permite poner en diálogo dos realidades fundamentales: la teoría y la práctica. Este enfoque integra la sabiduría de la Escritura y la experiencia humana en su contexto histórico. El método sapiencial se caracteriza por su enfoque holístico, considerando las diversas realidades del ser humano a niveles emocional, racional y espiritual. Además, este método logra combinar la idea teológica con la experiencia práctica del hombre, teniendo en cuenta su contexto cultural, social, político, económico e histórico. Su principio fundamental es la experiencia humana, en diálogo con la sabiduría bíblica, la intuición y la interpretación, haciendo de este método una posibilidad de pensar su realidad de cristianos activos y comprometidos con el Reino de Dios.

Para lograr este objetivo, se empleó un método de investigación cualitativo, que, según Garrido, “produce datos descriptivos: las propias palabras de las personas, habladas o escritas, y la conducta observable” (Garrido, 2002, p.7). En este estudio, el objeto de análisis serán las narrativas de los laicos de la comunidad pastoral de CommuniOP, quienes compartirán su comprensión de la esperanza cristiana a partir de sus experiencias de dolor, sufrimiento o muerte. Con ello se busca comprender, a la luz de la esperanza escatológica cristiana, la correlación entre el reinado de Jesucristo y las realidades humanas, explorando cómo estas experiencias influyen en la percepción de la esperanza cristiana en medio de las dificultades de la vida.

No obstante, tras realizar un exhaustivo rastreo de artículos y libros publicados en los últimos cinco años, se evidencia que el tema de la esperanza escatológica sigue siendo un asunto candente en el discurso teológico y en la reflexión de la Iglesia, como lo demuestran diversas publicaciones recientes como: "La esperanza cristiana (Escatología)" y "Camino de esperanza y de liberación: lo que nos espera y lo que esperamos" (2016) de Cesar Kuzma,

"Teología de la esperanza" de Jürgen Moltmann, "El eterno retorno: una escatología inmanente" (2024) de María Guibert Elizalde, "La escatología cristiana ante la ideología transhumanista" (2025) de Leandro Daniel Bonnin, "Alteridad, indigencia y esperanza. Una lectura de la fenomenología de la plegaria" (2020) de Jean-Louis Chrétien, "El Espíritu Santo y la esperanza en el discurso performativo de la escatología cristiana" (2016) de César Mario Ávila, y "'Yo hago nuevas todas las cosas'" (Ap 21,5) Algunas consideraciones sobre la emergencia de la escatología en el contexto teológico, histórico y cultural del siglo XX" (2023) de Omar César Albado. Estos trabajos evidencian la relevancia y actualidad del tema en la reflexión teológica contemporánea.

En efecto, un aspecto destacable de los artículos mencionados es que todos ellos coinciden en presentar la escatología como un motor o punto de partida que impulsa y sostiene la fe cristiana. En este sentido, la escatología se revela como un elemento dinámico que compromete a la Iglesia con el Reino de Dios, inspirando el testimonio y la predicación. En otras palabras, estas investigaciones nos muestran la escatología como una realidad en movimiento, comprometida con transformar la realidad tanto para aquellos que anuncian la esperanza como para aquellos que la reciben. Una de las ideas clave que comparten estas investigaciones es que, desde una perspectiva antropológica, el ser humano es fundamentalmente un ser esperanzado (*animal sperans*), siempre abierto al futuro y a la trascendencia. Sin embargo, esta espera no se traduce en una actitud pasiva, sino que se manifiesta en una profunda insatisfacción, angustia e indigencia que, paradójicamente, la convierte en un lugar de esperanza. De esta manera, la escatología se revela como un elemento constitutivo de la condición humana y eclesial, que impulsa a la búsqueda y la transformación.

Finalmente, se emplearon diversas técnicas para recopilar datos a través de un grupo focal de la misma comunidad de CommuniOP. Las técnicas utilizadas en esta investigación y reflexión incluyeron en primer lugar, entrevistas en profundidad, las cuales se desarrollaron a través de conversaciones detalladas con cada uno de los miembros de CommuniOP con el fin de explorar su comprensión de la esperanza cristiana en sus experiencias de dolor, sufrimiento o muerte. En segundo lugar, con esta misma comunidad se realizaron entrevistas de tipo semiestructuradas, las cuales tuvieron preguntas preestablecidas, pero con la libertad de explorar otras disertaciones, lo cual permitió recopilar y analizar sus historias, experiencias y reflexiones personales sobre la esperanza escatológica, dichas entrevistas contaron con el

consentimiento ético de cada una de las personas que quisieron participar del dialogo. Además, el análisis de la construcción narrativa se logró a través de distintas herramientas tecnológicas como: *NVivo*, *Atlas*, *Gemini* y *Google Cloud Natural Language API*, estas técnicas permitieron obtener una comprensión profunda y detallada de la percepción de la esperanza cristiana en la comunidad de CommuniOP.

Del antiguo al nuevo testamento; Evolución de la conciencia de la esperanza escatológica

La esperanza del pueblo de Israel: perspectiva Veterotestamentaria

El proyecto vital y existencial del pueblo de Israel desde sus comienzos se vio acompañado por una promesa que allanaba el camino de los justos, es así como, a través de los profetas, Dios se muestra a su pueblo con palabras y obras gestándose una garantía que se sostenía en un mutuo acuerdo de fidelidad: “ustedes serán mi pueblo y yo seré vuestro Dios” (Ex 6, 7-9). Esta fue la promesa que dinamizaba y garantizaba “el futuro humano como futuro absoluto y plenificador” (Peña, 2011, p. 27), de aquellos que acogidos a la alianza dada por el único Dios verdadero creador del mundo y de sus padres cultivaban la esperanza de una vida justa, libre, bendecida y salvada.

Para el pueblo de Israel, la esperanza procedía y era en sí misma Dios: “pues tu eres mi esperanza, Señor, Yahveh, mi confianza desde mi juventud” (Sal 71, 5). A Él confiaban el porvenir de sus vidas; Él era su fundamento de quien provenía la justicia y la misericordia. Bajo esa idea, el pueblo escogido por Dios fue materializando la esperanza a través de las obras que el Señor iba mostrando en sus vidas: “yo estoy aquí en favor vuestro” (Ex 34, 6). Dios nunca se aparta de su pueblo. De hecho “a pesar del fracaso y del incumplimiento por parte de Israel de los deberes de la alianza, se ofrece Dios mismo, en la promesa salvífica mesiánica, como firme garantía de su voluntad salvífica, eficaz de la historia” (Müller, 2009, p. 539). De allí que la esperanza de Israel se entienda también en una garantía futura, la promesa de Salvación.

De tal manera, Dios acompañó a su pueblo y se mostró como Señor de la historia, donde la promesa de la alianza mantenía viva la esperanza de la salvación mesiánica. Como lo afirma el profeta Isaías (Is 7, 14): “he aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel”, por eso el pueblo espera al ungido por el Señor, pues Él es a quien el Señor ha de enviar para anunciar la buena nueva a los pobres, dar la

liberación a los cautivos y la libertad a los oprimidos.

No obstante, a pesar de las muchas obras realizadas por Dios a su pueblo, la esperanza mesiánica se mostraba oscura por la incertidumbre de no saber el día ni la hora de la venida del Salvador. Por tal razón, la forma de vivir la esperanza se dio a través de la materialización de las obras mostradas por Dios a los justos, a aquellos que confiaban en su palabra, mientras guardaban en su corazón la venida del rey que empuñará el cetro de su reino de justicia, así lo proclamaba el profeta Jeremías: “mirad que días vienen –oráculo de Yahveh- en que suscitaré a David un germen justo: reinará un rey prudente, practicará el derecho y la justicia en la tierra” (Jr 23, 5).

La esperanza del pueblo cristiano: perspectiva Neotestamentaria

Con la venida de Cristo la esperanza del pueblo de Israel no solamente es resignificada, sino, perfeccionada, pues aquella esperanza sostenida por las maravillas que Dios iba obrando en sus vidas y la promesa mesiánica, se ha hecho carne, dando cumplimiento a las promesas de Dios Padre. Es interesante cómo el comienzo del ministerio de Jesús es presentado por la dialéctica de la profecía del Antiguo y Nuevo Testamento, en este caso representado por el profeta Juan el Bautista, “convertíos porque ha llegado el Reino de los Cielos” (Mt 3, 2). Mostrando cómo “Juan es el último eslabón de la larga cadena de esperantes que pueblan las páginas del Antiguo Testamento, más para ser desplazado de inmediato por la realización viviente de su anuncio” (Peña, 2011, p. 90). Allí se abre un nuevo horizonte, una nueva perspectiva de salvación, ya que, Cristo ahora se muestra como la esperanza de su pueblo, afirmando, predicando y promoviendo el Reino de los Cielos, que en últimas es Cristo mismo, la palabra de Dios por quien todo fue hecho (Col 1, 16).

Los sinópticos presentan una nueva idea de la esperanza a través de la encarnación de Jesús el Mesías, quien tiene como principal mensaje de salvación el Reino de Dios, un reino que ya no es pensado solamente como una realidad futura, sino también como posibilidad en el presente: “el Reino de Dios vendrá sin dejarse sentir. Y no dirán: vedlo aquí o allá, porque el Reino de Dios ya está entre vosotros” (Lc 17, 20). De allí que cambie la perspectiva de Reino, pues ya no es pensado cuantitativamente, sino cualitativamente, en tanto que está presente en medio de los hombres en la persona de Cristo por sus palabras y obras. Por eso, la manifestación del Reino se muestra a través de distintos signos como milagros (Mt 8, 1-4. Mc 1, 29-31. Lc 17, 26), pues la salvación es salud, exorcismos (Mt 8, 28-32. Mc 1, 23-28. Lc 9,

37-43): “si por el dedo de Dios expulso los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (Lc 11, 20); y por el perdón de los pecados (Mc 2, 5. Lc 7, 48), “Jesús se arrogó la potestad de perdonar los pecados. No se limita a transmitir la noticia del perdón divino de los pecados, como lo hiciera en su momento Natán (2 Sam 12, 13); los perdona él mismo” (Peña, 2011, p. 92).

Cabe aclarar que la esperanza del pueblo neotestamentario no estaba totalmente sostenida en un reino ya presente, muchos esperaban la venida del Mesías de manera violenta, quien gobernaría con cetro de hierro y derrotaría a los poderosos, tal y como lo pensaban hasta algunos de sus discípulos (Lc 9, 54). La realidad del Reinado de Dios establecido en y por Cristo mismo, el cual es la promesa y la esperanza para con su pueblo, se presenta de manera binaria o desde una tensión escatológica, en un ya pero todavía no, lo cual es manifestado en las parábolas de crecimiento contenidas en Mc 4 y Mt 13. Dichos textos “corroboran esta interpretación, al ilustrar con nitidez la simultaneidad presente-futuro del reinado escatológico anunciado por Jesús” (Peña, 2011, p. 102). Esta idea de la parusía del Reinado de Dios establecido por Cristo nos permite comprender los dos sentidos de la esperanza escatológica que desarrollaron las primeras comunidades cristianas en cabeza de la predicación paulina.

Dentro de sus cartas más antiguas, “Pablo describe la condición cristiana con solo dos rasgos: - servir al Dios vivo y verdadero y esperar a su Hijo Jesús, que ha de venir de los cielos (1Tes 1, 9) -” (Peña, 2011, p. 104). Pablo se enfrenta a la idea de aquellos que esperaban la segunda venida del Mesías en su tiempo presente, a lo cual, su predicación se mueve en una esperanza escatológica del ya pero todavía no, pero no de manera contradictoria sino en una dialéctica. A aquellos que sentían la demora de la parusía, Pablo los exhorta a mantenerse en una esperanza viva: “más portante que los cálculos sobre fechas o plazos del acontecimiento final es en este contexto, la exhortación a mantenerse vigilantes en la fe y a permanecer atentos a los signos de los tiempos” (Müller, 2009, p. 548). Pero a su vez no desplaza en ningún momento la idea de la salvación en medio de los hombres “ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación” (2 Cor 6, 2).

En conclusión, es importante recordar que la esperanza escatológica en la comunidad primitiva se desarrolla a partir de la expectativa de la venida del salvador, tanto en términos cronológicos como cualitativos. Para muchos cristianos de ese tiempo, el fin de los tiempos estaba próximo (1Ts 4, 17). Para otros, esta venida era una realidad presente pero aún no

completada, gestándose la tensión escatológica donde el ser humano entra en una espera (no pasiva), donde le sobreviene angustia, crisis y anhelo de lo esperado, convirtiendo su espera en un lugar de esperanza (*locus spei*), donde la fe en Cristo (su gracia), es anticipo y presencia real de la gloria.

Como podemos ver, la esperanza en el contexto judeocristiano y dentro de su economía de salvación ha tenido una evolución interesante, en el pueblo veterotestamentario se presentaba la esperanza bajo dos categorías, una materialista (obras y maravillas de Dios para con su pueblo) y la promesa mesiánica, aunque prevaleciendo como acto palpable y cercano el sentido materialista de la esperanza. Este pueblo no palpó la esperanza mesiánica, pero la aguardaban en su corazón. Por su parte, el pueblo neotestamentario no solo comprendía el sentido materialista de la esperanza en el Dios de sus padres, sino que vivieron la promesa mesiánica con la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo. Fueron testigos de la promesa cumplida con la glorificación de Cristo en la cruz donde congrega a todos los hombres haciéndolos partícipes de su gloria.

De tal manera, Cristo es el punto medio entre el pasado y el futuro del pueblo de Dios, pues en Él, el pasado cobró sentido y después de Él la gracia es ofrecida a toda la creación como esperanza escatológica de salvación. De allí que la esperanza escatológica no sea comprendida solo como las realidades últimas de la existencia del hombre después de la muerte, sino más bien como “la autorevelación de Dios Trino desde el punto de vista de su autoapertura definitiva para la salvación de los hombres” (Müller, 2009, p. 521).

Iglesia pueblo de Cristo; esperanza escatología en la realidad del presente histórico

En relación con la perspectiva Bíblica, a continuación, se expone cómo en la Iglesia, la esperanza escatológica se encuentra en el vértice donde se cruzan la comprensión del ser humano, la enseñanza sobre la creación y el estudio de Cristo, abarcando en su totalidad el *mundo de la vida* del hombre, teniendo a Cristo como referente y mediador ante la trascendencia humana. Además, la esperanza escatológica se encuna en la antropología, porque entra en dialogo con la dimensión temporal y la disposición hacia el futuro de la vida humana. En otras palabras, la esperanza escatológica, ha de impulsar el propósito histórico de toda persona que opte por el Reino de Dios.

Por otro lado, la relación esperanza escatológica y creación se sostiene desde la

perspectiva mítica, en razón de que “el pensamiento mítico contempla el *eschatón* como deseable retrogradación hacia el *protón* como *restitutio in integrum* de *omega* en *alfa*” (Peña, 2011, p. 30). Por último, la esperanza escatológica y la cristología pone su acento en el hecho de Cristo verdadero Dios y hombre, el cual instauro el Reino de Dios en medio de los hombres, “él es el fundamento de nuestra esperanza y simultáneamente, el contenido de la misma, puesto que es el lugar donde las promesas de Dios han tenido su sí y su amén” (Peña, 2011, p. 31), así lo afirma el apóstol Pablo: “porque en él fueron creadas todas las cosas, visibles e invisibles, los tronos las dominaciones, los principados, las potestades, todo fue creado por y para él” (Col 1, 16).

La promesa escatológica en la realidad del presente histórico

Para hablar de una esperanza escatológica es necesario tener presente la categoría mundo, como también es fundamental al hablar de mundo tener en cuenta la realidad escatológica. Dónde más se puede entender la esperanza escatológica si no es en la realidad de la creación que anhela reconciliarse con su creador y ser glorificada en Él a través de su Hijo Jesucristo, y a su vez, dónde más tiene sentido hablar de mundo si no es en la perspectiva escatológica donde se desarrolla el reinado de Jesucristo, el verbo encarnado. Pero, ¿qué se comprende por mundo? El mundo puede ser comprendido desde varias perspectivas, ya sea científica, biológica, sociológica, teológica o filosófica. Por lo pronto estarán en dialogo la mirada teológica y filosófica.

Para la teología, la categoría mundo se comprende más desde la idea de creación o universo, donde subyace la totalidad de las cosas creadas como el cielo, la tierra, las plantas, los animales o el hombre, pero también, el mundo es la realidad originaria donde “Dios quiere revelarse y comunicarse con la creación [...] no es un medio intercambiable al que Dios recurre arbitrariamente para revelarse.” (Müller, 2009, p. 159). En efecto, la creación, es vista como la acción de Dios en la que se relaciona con el propio acto de Ser de Dios, a través del cual llama libremente a la existencia a todos los seres.

Desde la filosofía, Edmund Husserl, para hablar de la realidad desde una mirada fenomenológica, desarrolla la categoría de *mundo de la vida*, la cual se comprende como la interrelación de realidades universales como el mundo y el ser humano. En la primera se muestran los fenómenos y en la segunda el punto de referencia vital y trascendental. El mundo de la vida, en efecto, es el lugar donde se presentan en las dos realidades universales los

múltiples horizontes de la vida, las diversas perspectivas vitales y la innumerable serie de interrelaciones, en concreto, el mundo y el hombre son el terreno donde suceden los fenómenos, todo tipo de realidades contingentes y trascendentales (Restrepo, 2010, p. 253).

Ahora bien, es bajo esa idea de *mundo de la vida* desde donde se comprende la esperanza escatológica, que a su vez viene siendo la esperanza del mundo. De tal manera, la creación es un acto de amor de Dios Padre que, al ver la desobediencia de su pueblo, no solo busca redimirlo, sino que se ha dignado dar a su Hijo para que haciéndose carne redimiera y glorificara su creación. Por tal razón, Jesucristo encarnado es el *eschatón*, es decir, la esperanza escatológica de la historia humana y el punto de partida para la salvación del mundo. Si por la premisa de ser criaturas de Dios ya estábamos dentro de su economía salvífica, con mayor razón es la historia humana (la cual ha sido dignificada por Jesucristo, verdadero Dios y Hombre) en donde todo tiempo y espacio cobran sentido en su redención y glorificación y por la que el presente histórico se comprende como esperanza escatológica.

El *mundo de la vida* no se ubica solo en el ya presente, sino en la interacción del tiempo no de manera lineal, pero si dinámico, donde se interrelaciona el pasado, el presente y el futuro. Es en esa misma dinámica donde el presente histórico se encuentra nutrido y permeado por el acto salvífico de Cristo, por lo cual, “la historia asumida por Dios en la Encarnación no es una frase romántica que ayuda a soportar la dureza de la existencia, sino todo el proceso fenomenológico que se constata en la realidad leída desde la fe” (Gaviria, 2019, p. 63). Por tal razón, el lugar principal de la reflexión teológica es la realidad histórica, la cual ha sido asumida como revelación de la salvación.

No obstante, el hombre se encuentra en una época de desesperanza, “durante siglos hemos experimentado esperanza y optimismo de uno u otro tipo -político, económico, científico y religioso- ahora, de pronto, casi todas las personas se encuentran sumidas en un estado de desesperanza” (Nolan, 2010, p. 21). Sin duda alguna, la crisis, la angustia existencial, la maldad, o la injusticia son horizontes dentro del mundo de la vida, por los cuales el hombre ha desviado su corazón, olvidándose no solo del sentido común, del carácter y de la dignidad humana, sino de la esperanza de un Dios que los escucha y camina a su lado.

Para muchos, Dios no se encuentra en sus vidas, al parecer, la bondad y Dios mismo se ha alejado de la realidad humana, para otros ni siquiera existe, “a muchas personas, les parece que poner toda su esperanza y confianza en Dios es una evasión piadosa” (Nolan, 2010, p. 24).

¿Qué le queda al ser humano? Este es uno de los retos más grandes por parte de la Iglesia, testigo de la Resurrección de Cristo, ser signo de la esperanza divina, la cual busca el bien común, es decir, el bien para toda la creación.

Ante la deformación humana expresada a través del engaño, maldad, sufrimiento o desesperanza, Dios rescata al hombre, “humanizándose hasta el extremo da su respuesta, aleja de si el fatalismo apologético que se encierra en conceptos la realidad y abre el hecho vital dinámico como don en gasto” (Gaviria, 2019, p. 65). De tal manera el hombre ubicado en el Cristo *eschatón*, abre su horizonte vital desde una mirada más humana, “este proceso de deconstrucción teológica y antropológica permite generar un dinamismo que resitúa al hombre de cara al futuro asumiendo la historia” (Gaviria, 2019, p. 65). De allí que la historia se convierta en la directa posibilidad de relación de Dios para el hombre y el hombre en relación con Dios.

Dios no se ha apartado de su creación, es Él quien anima y sostiene con su Espíritu Santo el universo, “Dios ha obrado a lo largo de toda la historia humana y continúa implicándose en el mundo de la política, la economía y la religión” (Nolan, 2010, p. 27). En otras palabras, Dios ha actuado siempre en el existir del hombre. Cabe aclarar que lo anterior no implica obviar la responsabilidad del ser humano con la creación y con su humanidad, por el contrario, ha de ser imagen y semejanza de Dios, a ejemplo de Cristo Jesús, el cual se hizo semejante a nosotros menos en el pecado (Fil 2, 7-11) (Hb 4, 15), logrando de tal manera, la superación antropocéntrica, al procurar una sinergia con Dios, “no como una imposición externa, pero sí, definitivamente, como el principio generador y fin último de la espiritualidad”. (...) En efecto, la intervención humana en las realidades del mundo, “no deriva exclusivamente del sujeto, sino que se enraíza en un sentido teleológico que se origina en Dios mismo”. (Ballesteros Guerrero, et al., 2025, p. 287).

La esperanza escatológica, entendida como don de Dios y acto salvífico continuo, resignifica la historia y el presente histórico, lo cual permite captar a Dios desde el más acá. Es así que toma sentido la tensión escatológica (el ya pero todavía no), pues el ser humano no se conforma con una ida al cielo, sino que vive escatológicamente como don en el presente histórico. En otras palabras, “el cielo está en la tierra, porque Dios está es aquí. Dios no está fuera del universo. Está en el universo, todos estamos allí con él, en la misma obra de él. ¡Eso es el cielo!” (Baena, 2017, p. 144). Entender la escatología desde el presente histórico brinda

una mirada más amplia y cercana de Dios. La realidad salvífica ya no es abstracta, sino que se inserta en el dinamismo de la vida.

Ahora bien, el hecho de que la esperanza escatológica subsista en la historia, es decir, en las realidades humanas, no asegura una apuesta escatológica del hombre, “hay intentos cristianos actuales que trabajan por el mundo y por su presunto desarrollo, pero no trabajan decididamente por el cambio del mundo” (Ellacuría, 1994, p.114). En muchas ocasiones el hombre pretende el bienestar del mundo sin tener presente que la configuración escatológica del presente histórico primeramente parte de la lucha contra el pecado, lo cual significa que la presencia del Reino en medio de los hombres a través de la caridad se da como consecuencia del Cristo *eschatón* encarnado. Lo anterior da a entender que hacer el bien no es actuar escatológicamente, el carácter escatológico va encaminado a la superación del pecado buscando la salvación. Efectivamente, los actos buenos ayudan y son parte del proceso de la esperanza escatológica, del presente histórico, pero que necesita la intención salvífica o santificante del hombre en comunión con Cristo. De tal manera, para que el presente histórico se entienda escatológicamente, es necesario que “en esa historia esté ya, como principio operante de ella, el Dios total, cuya gloria sólo será futura, como en el Jesús histórico es Dios en él quien le lleva a la resurrección” (Ellacuría, 1994, p. 117). Ahora bien, como bien lo cuestiona Ratzinger en su obra *Resurrección y vida eterna*:

¿Dónde habría de comenzar la transformación del mundo sino en la transformación del hombre?, sigue existiendo en la historia de la humanidad muchas heridas entre los hombres y contra la misma creación, “la creación misma espera al hombre nuevo, donde aparece, se vuelve de nuevo reconocible como creación y, con ello, llega a ser libre. Solo la esperanza fundamental de la que se trata en la fe puede sanar la relación entre hombre y naturaleza (Ratzinger, 2021, p. 405).

El hombre ha de apropiarse de la realidad de sí mismo en comunión con Dios, con la creación y con el otro, como trabajadores del reinado de Jesucristo. La esperanza escatológica invita a “obrar como si el hombre que está junto a mí no fuese una casualidad de la naturaleza, en el que no hay nada importante sino un pensamiento de Dios hecho carne, una imagen del Creador al que Él conoce y ama” (Ratzinger, 2021, p. 365). La vía de la esperanza a la que Cristo nos quiere conducir es a salir de sí mismos, superar el egoísmo que limita a los hombres a trascender en el amor con los otros, “las personas son más importantes que las cosas, mas

importantes que las leyes, mas importantes que el dinero, el estatus, el conocimiento, el poder o cualquier otra cosa en el mundo” (Nolan, 2010, p. 128).

Ahora bien, en esa misma línea la Iglesia a través de la liturgia congrega al hombre no solo para acercarlo a la gracia divina, sino para hacer de la vida del hombre una existencia escatológica, es decir, de fe, de esperanza y de caridad. La vida del cristiano “se ha transformado ya fundamentalmente en Jesucristo, cuya nueva vida compartimos en el bautismo, la eucaristía y los demás sacramentos, especialmente en el testimonio de nuestra conducta” (Kehl, 2003, p. 48). La conducta del hombre ha de ser la estampa del cuerpo místico de Cristo, que como su cabeza es santa los demás miembros han de serlo.

Otro aspecto interesante de la esperanza escatológica de la Liturgia en la vida de la Iglesia es la comunión en Cristo con toda la Iglesia, celeste, penitente y peregrina, toda ella se congrega desde el pasado, presente y futuro para ser glorificada y santificada, primeramente, por la justificación de Cristo, pero también por la caridad del pueblo de Dios que busca con anhelo la paz, la justicia, la misericordia, en últimas, los valores del Reino celeste. “por eso el principio de esperanza cristiano tiene su fundamento, su *principium*, en el acontecimiento pasado de la autocomunicación de Dios en Jesucristo” (Kehl, 2003, p. 49). Es un acontecimiento que se sostiene vivo en la historia del creyente a través de la fuerza del Espíritu Santo, la promesa del Padre.

En efecto, la Iglesia representa esa nueva creación ya iniciada, “nuestra esperanza se aferra a la unidad de nuestra realidad, porque cree en la unidad del creador y recreador; es el mismo Dios el que la crea y la perfecciona” (Kehl, 2003, p. 50). En últimas, la esperanza escatológica como la palabra de Dios es una espada de doble filo, que está dada a los hombres pero que debe ser luchada bajo la libertad. Por tal motivo, la esperanza escatológica mantiene una resistencia positiva ante lo negativo del mundo, capaz de transformar el presente histórico con la promesa de un futuro mejor.

Esperanza y cotidianidad; narrativa de los fieles

Con el objetivo de profundizar y lograr un desarrollo concreto de la idea de esperanza como eje central de la economía de la salvación en el contexto de la vida cotidiana, se llevó a cabo una serie de entrevistas con un grupo de personas laicas que forman parte de la pastoral de formación teológica para laicos denominada CommuniOP. La convocatoria se realizó de manera abierta para todos los integrantes de CommuniOP, cada una de las personas

entrevistadas desdieron libremente participar de manera más personal en este tipo de diálogo. En este espacio de reflexión y diálogo, se abordaron dos preguntas fundamentales: ¿Cuál es su comprensión de la esperanza cristiana? y ¿Cómo han experimentado la esperanza cristiana en situaciones específicas de la vida, como el dolor, la angustia o la muerte? Este ejercicio de encuentro y diálogo con la experiencia de fe de cada persona, desde sus realidades particulares, permitió iluminar no solo la idea tradicional de la parusía, sino también cómo la esperanza de la salvación se vislumbra desde realidades atemporales.

Es propio al hombre desde su ego trascendental responder a las distintas realidades del presente, condicionado por una realidad futura, la cual es incierta pero que la fuerza del devenir constante de la vida y de por si los paradigmas de la cultura han generado en la sociedad una espera de algo. No obstante, esa reflexión de conciencia que hace el ser humano se ve movida de antemano por el porvenir constante de lo que se entiende por tiempo cronológico, de allí que “El futuro no procede de aquello hacia lo que el ego se lanza en una actitud de espera o temor. Bien al contrario: solo porque un futuro no cesa de abrirse ante su mirada a modo de horizonte, este ego puede tornarse hacia él en la espera o en el temor, esperar o temer al mismo tiempo todo lo que se mostrará en él en calidad de futuro.” (Henry, 2001, p. 81). En esa medida, el cristiano se ve impulsado a reflexionar constantemente sobre el *telos* de su vida, precisamente porque existe en él la certeza de una realidad futura, la cual es asumida desde el presente como motor y horizonte que sale a su encuentro, es una realidad que ha encontrado primero al hombre impulsándolo a reflexionar sobre su vida y a continuar la carrea hacia aquello que espera, por eso Pablo exhorta a seguir corriendo hacia Cristo, a pesar de ya haber sido alcanzado por Él primero, generando en él el deseo de seguir buscándolo y esperando el premio a que Dios lo llama y le tiene prometido en Cristo Jesús (Flp 3, 12-14).

En efecto, con el objetivo de profundizar en esta reflexión, se realizaron entrevistas con 15 laicos, de las cuales se seleccionaron 4 narraciones que sintetizan las ideas transversales expresadas por todos los participantes, tanto en las entrevistas individuales como en el grupo focal. Es menester aclarar que, para preservar la identidad de cada persona entrevistada, se optó por darles a las cuatro narraciones seleccionadas una de las cuatro primeras letras del abecedario griego (Alfa, Beta, Gamma y Delta).

Para empezar, la señora Alfa es una laica comprometida con la Iglesia durante toda su vida. Soltera, nunca tuvo la oportunidad de formar una familia o tener hijos. Sin embargo, sí

tuvo una pareja por algún tiempo, pero la relación no prosperó. A pesar de esto, la señora Alfa se mantuvo comprometida con la Iglesia y siempre estuvo atenta a las formaciones que esta ofrece, como la formación teológica para laicos de la pastoral CommuniOP. Esto le ha permitido conocer más a fondo su fe y participar de manera más activa en la vida de la Iglesia, sintiéndose en familia con los miembros de los grupos pastorales.

Al preguntarle sobre su comprensión de la esperanza cristiana, la señora Alfa respondió que la esperanza es una virtud teológica que proviene de Dios, un regalo que Él ha hecho al hombre. También comprende la esperanza cristiana como la promesa de salvación que se le ha hecho al hombre a pesar de las dificultades y problemas de la vida. Afirmó que, aunque los males han existido siempre en el mundo y pueden generar desesperanza en la humanidad, la promesa de salvación ofrece una perspectiva de esperanza.

La señora Alfa también reconoció que el hombre puede caer en la desesperanza ante las injusticias, guerras, muertes y violencias que ocurren en el mundo. Sin embargo, afirmó que el hombre se ha dejado envolver por el sistema social, perdiendo la conciencia de la esperanza y enfocándose solo en el presente. Destacó que el sistema ha permeado al hombre con un activismo y una inmediatez que lo alejan de una perspectiva teleológica en términos de esperanza y salvación. Finalmente, la señora Alfa expresó que su conciencia de la esperanza se debe a su conocimiento y conciencia del pecado. Al ser consciente de sus errores y pecados, se siente motivada a trabajar por una realidad futura y a evitar consecuencias no gratas en la vida eterna.

Ahora bien, por lo que se puede comprender de la narración de la señora Alfa, es que una de las perspectivas donde se funda la esperanza de muchos laicos es en la relación entre el temor a la consecuencia del pecado y a la promesa de salvación en medio de un mundo de tanta injusticia y dolor. Estas dos realidades constantemente mueven al hombre, principalmente a los creyentes a poner su mirada en algo futuro ya sea para salir o escapar de la realidad del sufrimiento del mundo, como esperando en la promesa del apocalipsis donde “Dios enjugará toda lagrima de los ojos de ellos; y no habrá ya muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron” (Ap 21, 4), o luchar constantemente por cambiar o remediar los errores cometidos procurando una vida en Cristo, actitud que se sostiene en la idea de que todos debemos compadecer ante el tribunal de Cristo, como lo afirma Pablo, donde cada uno recibirá según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo (2 Cor 5, 10).

Ahora bien, prosiguiendo con las entrevistas, la señora Beta, una mujer de 52 años madre soltera de dos hijos ya adultos, ha vivido su fe de manera progresiva, poco a poco se ha integrado a las actividades de la Iglesia, como a la vida sacramental.

Ante la pregunta ¿Qué comprende por esperanza cristiana? sostenía que para ella la esperanza cristiana se entendía en el vivir bien, es decir, en santidad, actuando bien en la vida, esa era la forma de poder llegar a Dios, de alcanzar una segunda vida en Dios. Esta perspectiva que presenta la señora Beta es interesante porque alcanza a comprender que hay una relación entre el obrar bien y el Reino de Dios, es decir, la vida en Cristo. Pero al continuar la entrevista dejó ver otra situación crítica y contradictoria con lo ya expresado. La señora Beta afirmaba que en el mundo no hay esperanza, que el mundo no tiene esperanza porque no conoce de Dios. Frente a lo dicho, es problemático su punto de vista, ya que la persona que tiene a Dios en su corazón, el cristiano que se ha dejado interpelar por las bienaventuranzas, quien ha emprendido un camino de conversión, buscará actuar bien, hacer el bien, pero no como causante o garantía de la salvación ya que la gracia se nos ha dado a todos y hemos sido justificados, sino como frutos de la gracia dada a los hombres, “así que como por una sola ofensa, la condenación vino sobre los hombres, de la misma manera, por un solo acto de justicia, la justificación de la vida vino sobre todos los hombres” (Rm 5, 18). La contradicción que se logra evidenciar es que: por una parte, reconoce que gracias a las obras buenas se acerca a la salvación, pero luego afirma que en el mundo no hay esperanza, es decir, es una idea pesimista del quehacer del hombre por manifestar el reino de Jesucristo en medio de sus realidades.

En efecto, es importante destacar de esta narración la idea de esperanza como motor y premio de las obras buenas, es una perspectiva que se encuadra más en una teología de la retribución quitándole el valor a la gracia que Dios ha dado a los hombres. Sin duda alguna es menester tener en cuenta que la obras son importantes “porque como el cuerpo sin el espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta” (St 2, 18). Pero estas obras son comprendidas como fruto de la gracia, no como una mera garantía para comprar o ganarse el cielo.

Por otro lado, la señora Gamma, es una laica de 43 años, comprometida con la Iglesia desde hace unos 10 años, debido a la separación que tuvo con su esposo, esa experiencia de divorcio para ella fue bastante traumática y dolorosa, llevándola a acercarse a Dios porque

sintió que se le derrumbaba el mundo. Ella afirma que logró encontrar paz y esperanza de salir de esa gran tristeza por la oración constante, por su perseverancia en los caminos del señor.

Respecto a la pregunta ¿Qué comprende por esperanza? La señora Gamma decía que para ella la esperanza era esperar algo en el futuro, pero ese futuro ella lo comprendía en Dios, en vivir en él. Así mismo, afirmaba que el vivir en Dios es posible comprenderlo desde el ahora, ya que precisamente el deseo y búsqueda de trascendencia era tener confianza y esperanza en algo, en este caso en una vida eterna. Finalmente, ella relaciona la esperanza o la comprende desde la realidad bautismal, momento en que recibimos la gracia y estamos llamados a ser testigos de Cristo.

Cabe decir que la comprensión que la señora Gamma presenta de la esperanza es interesante porque por un lado reconoce la esperanza como una realidad plena en Cristo, es decir, como salvación, pero también la asimila como una posibilidad desde el ahora a través de nuestros actos, pero no como garantía futura sino como testimonio de Dios en medio de los hombres, “sea con la oración, sea también con el ministerio apostólico, para que el reino de Cristo se asiente y consolide en las almas y para dilatarlo por todo el mundo” (*Lumen Gentium* §44).

Finalmente, el señor Delta, es un laico de 60 años que no se encuentra vinculado a ningún grupo parroquial, pertenece al grupo de formación laical CommuniOP para conocer de la fe. En su vida ha sufrido grandes pérdidas, murió su papá y a los seis meses murió su hijo, eso lo cuestionó bastante frente al dolor, pero nunca perdió la fe en Dios, por el contrario, Delta afirma que precisamente ha sido la esperanza en la resurrección, en la vida eterna, en el cielo, la que le ha permitido mantenerse en pie confiando en que cuando muera se encontrará con sus seres queridos.

Respecto a la pregunta ¿Qué comprende por esperanza? Delta afirmaba que la esperanza en él era alcanzar la salvación o la vida eterna, poder disfrutar de la promesa de Jesús. Al igual que la señora Gamma, considera que la esperanza cristiana se construye día a día con sus obras, lo cual me hizo recordar el himno de primeras vísperas de la ascensión del Señor “partid frente a la aurora. Salvad a todo el que crea. Vosotros marcáis mi hora. Comienza vuestra tarea”. Aquí podemos ver cómo el cristiano marca la hora de la llegada del Reino de Dios a través de las obras y el testimonio que damos de Cristo el Señor.

Por otro lado, el señor Delta afirma que la esperanza de la nueva vida o de una vida

posterior le ayuda a entender y a aceptar la muerte corporal, es decir, es un consuelo ante la angustia existencial de perder la vida de la cual es consiente. Así mismo, afirma que la forma en que ha podido superar el dolor, el vacío, la soledad solo ha sido posible en oración con Dios y con la presencia de los compañeros de formación en CommuniOP, porque allí ha podido ver cómo unos oran por las angustias de los demás. A través de ellos puede ver de manera viva el confiar en Jesús y esperar en una vida mejor desde el ahora.

En conclusión y a modo de síntesis de las narraciones cabe decir que la señora Alfa presenta una visión de la esperanza cristiana como aquel anhelo por el que se trabaja por temor a las consecuencias del pecado y como promesa de vida eterna, es una visión de la esperanza fundada en el temor o premio que se alcanza en un futuro a partir de nuestros actos. Por otro lado, la señora Beta presenta una perspectiva de la esperanza basada en la retribución, es decir, la forma de alcanzar esa esperanza en la vida futura es obrar bien en un mundo donde no hay esperanza, la esperanza es una realidad que se alcanza como salvación en la otra vida. Ahora bien, la comprensión de esperanza que presenta la señora Gamma responde más a una justa medida entre el obrar bien como testimonio del Reino de Dios entre los hombres y la misión del bautizado. Finalmente, la comprensión de esperanza cristiana que presenta Delta es la de una vida futura, en otra realidad, una vida eterna, donde no hay dolor, en otras palabras, la esperanza para Delta es una promesa y consuelo ante el dolor, sufrimiento y decadencia de la realidad corporal.

La esperanza escatológica encarnada en el mundo de la vida

Teniendo en cuenta el análisis narrativo de cada una de las personas entrevistadas respecto a la comprensión de la esperanza en sus vidas, es claro que aún existe un pensamiento distante, lejano, metafísico y abstracto de la realidad de Reino de Dios, lo cual no es erróneo ya que sin duda alguna nuestra fe como cristianos se sostiene en una realidad futura, celestial, espiritual, la nueva Jerusalén, en otros términos, la vida eterna. No obstante, si el cristiano se queda solamente en esa posición caería en un dualismo donde lo perfecto, lo bueno, lo deseable, lo esperado y lo aceptado es solamente viable y realizable en un espacio espiritual, descartando o minusvalorando lo concreto de nuestra existencia vital; el *mundo de la vida*. El cuál es el lugar donde le es posible al hombre ser y existir, además, donde le fue posible conocer y experimentar de manera concreta y cercana la voluntad de Dios Padre encarnada en Cristo Jesús.

En esa media, el *mundo de la vida*, como lugar histórico es quien permite la posibilidad de trascendencia no solo en términos filosóficos (por ser el fenómeno que interpela y conduce al hombre, al *Dasein*, a convertirse en ego trascendental capaz de pensar el espíritu, el *Eidos*, el ser de las cosas), sino también teológicamente, al ser creatura divina es portadora del vestigio amoroso de Dios, es lugar que posibilita al hombre reconocer el misterio revelado por Dios, es lugar sagrado donde el hombre reconocer la bondad, el orden, la belleza del creador, es lugar donde se construye la historia de la salvación, en últimas, es el lugar donde todo ser viviente y de manera particular el hombre se relaciona con el otro haciéndose colaborador del Reino de Dios, ya que, “si la trascendencia no motiva al sujeto a la acción, se convierte en una comprensión frustrada, limitada a espacios de reflexión y alejada de la interacción intersubjetiva” (Escobar Mejía & Ballesteros Guerrero, 2024, p.117).

Por tal razón, es de suma importancia que cada hombre y mujer y de manera particular cada cristiano reconozca no solo la bondad de su circunstancia, sino que la comprenda como posibilidad de salvación, ya que en el Jesús histórico, se mostró en plenitud la promesa del Padre, “pero esa manifestación no se agotó en ese espacio de temporalidad, más bien, se distendió en el tiempo y en el espacio y más allá, por eso su presencia continua latente de maneras insospechadas en la historia” (López Saavedra, 2020, p.114). Parece ser que el mundo es más comprendido como lugar de perdición que de salvación, premisa que es entendible por una historia donde resuena la injusticia, la guerra, el hambre, la opresión y/o el dolor, pero es allí donde el cristiano ha de pedir la sabiduría del Espíritu Divino para reconocer con mirada confiada la bondad en el mundo, el cual camina lento, en silencio, sin pretensión pero que aun en medio de tanta oscuridad, se manifiesta una luz de esperanza y posibilidad de salvación.

Ahora bien, bajo los presupuestos anteriormente mencionados, la mayoría de los fieles que fueron entrevistados insisten solo en una esperanza última y justiciera, cuando en realidad, “la escatología cristiana no tiene nada que ver con tales «soluciones finales» apocalípticas, porque su tema no es en absoluto «el final», sino -muy lejos de eso- la nueva creación de todas las cosas” (Moltmann, 2004, p. 14). Este es el punto clave de la esperanza escatológica, la posibilidad de hacer nuevas las cosas en Cristo, lo cual permitiría que, en cada lugar social, en cada circunstancia vital, el mundo pueda ser comprendido y asumido desde una perspectiva salvífica en Cristo. De allí también que se comprenda el carácter comunitario de la salvación, donde el esfuerzo humano busca salvaguardar el bienestar del otro, siendo testigo de la

esperanza desde la realidad del ahora.

La esperanza de los judíos y de los cristianos es siempre esperanza también para las naciones y es siempre esperanza también para esta tierra y para todos sus moradores. La esperanza de toda la comunidad de la creación es finalmente la esperanza de que su Creador y Redentor ha de llegar a su meta y ha de encontrar su hogar en la creación (Moltmann, 2004, p. 16).

Por otro lado, hay que alertar el hecho de que el hombre comprende y relaciona la esperanza con la salvación de su alma, casi que exclusivamente en el más allá de la muerte, perspectiva que corre el riesgo de caer en un individualismo, dado que, esa esperanza pierde su poder renovador de la vida y transformador del mundo, y se desvanece convirtiéndose en un anhelo gnóstico de redención en medio del valle de lágrimas de este mundo (Moltmann, 2004, p. 18). Esa actitud si es una muerte directa a la posibilidad del mundo de permitir esperanza, actuar de tal manera es desentenderse de su realidad y del compromiso con: el prójimo, el pobre, el hambriento el desnudo, el preso (Mt 25,35).

El pueblo de Dios sigue arrastrado con el peso metafísico y dualista que lo saca de la realidad del *mundo de la vida*, el hombre se ha quedado mirando ese mundo distante y futuro a tal punto de encandilar su mirada perdiendo su horizonte vital con el otro (mundo, creación, espacios laborales, relaciones sociales), por el contrario, en vez de levantar los ojos al más allá, debería dejar que la luz y la esperanza de la gloria en Cristo ilumine los horizontes vitales del *mundo de la vida*, lugar donde la gracia espera ser acogida, porque es allí, en la historia, en la cotidianidad, donde ha posado el Reino de Dios, como bien los afirma *Lumen Gentium* “Así, pues, Cristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención” (*Lumen Gentium*, 2006, §3). Esta forma de asumir la esperanza es la que conducirá a los hombres a la gloria futura “sin separarlos de cumplir también las obligaciones de este mundo, porque «la espera [...] de una nueva tierra no debe debilitar, sino más bien alentar, la solicitud por perfeccionar esta tierra” (Comisión teológica internacional, 1990).

Sobre la base de lo anterior, es necesario que el pueblo de Dios, emprenda un camino de edificación y comprensión de la esperanza escatológica más cercana, más posible, más palpable desde el ahora en cada una de las realidades del presente histórico. Para ello, como Iglesia es menester asumir estas tres premisas que propongo:

Primero, siendo conscientes del mal en el mundo lo cual es causante de desesperanza, ha de asumirse como una realidad natural que debe ser purificada en lo posible, mas no satanizada ni mucho menos desesperanzadora, a esto la Iglesia enseña que “la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio”. (*Gaudium et spes*, n. 21), por tal motivo, el ambiente oscuro de la sociedad debe ser el motivo de impulso por seguir trabajando por construir ese reinado de Dios en medio de cada hombre o mujer que sufre la opresión y padece la desesperanza. El mal como imperfección de los hombres es evidencia de la finitud de la criatura frente a la infinitud de Dios, es precisamente este el motivo que hace posible la idea de suma bondad y perfección de Dios, porque es él la única perfección, “el mal – así, sin más distinciones por ahora – es una manifestación necesaria de la limitación y de la interna contradicción de lo finito” (Queiruga, 1995, p. 98). Pretender un mundo sin mal es buscar lo infinito en lo finito, por eso más que mirar con mirada apocalíptica la realidad del mundo, es preciso asumirla, para transformarla.

Segundo, es necesario reconocer que el ser humano es carne que siente, que padece, que se desgasta en la relación con el otro, y el otro a su vez, le permite encontrar reposo, sosiego, paz, esperanza. La interacción de los hombres permite entre claros y oscuros ajustar el drama de la vida (y del cristiano), tratar de estar en el mundo sin ser del mundo, es perdiéndose en la realidad (social, económica, política,, religiosa) donde se encuentra la salvación en y con ella, en otras palabras, “nuestra esperanza es siempre y esencialmente también esperanza para los otros; sólo así es realmente esperanza también para mí” (*Spe salvi* p. 31) solo el testimonio de la carne desgastada en el mundo será la esperanza de los otros por trabajar desde ya por el reinado de Jesucristo, por esa gloria que se puede vislumbrar desde el ahora, construyendo una nueva historia entre los hombres porque ¡la verdadera esperanza cristiana, que busca el Reino escatológico, siempre genera historia” (*Evangelii Gaudium* p. 144).

Tercero, es fundamental para la comprensión y posibilidad de la esperanza en la realidad del presente histórico que asumamos el premio que Cristo nos ha dado con su encarnación, vida, muerte y resurrección; la gracia. El hombre se niega constantemente a la gracia, esperando recibirla en una existencia última, cuando ya toda la creación ha sido revestida por la gracia de Cristo, justificándola. La gracia de Dios se encuentra en la existencia de su creación, cercana y accesible en cada horizonte vital, Cristo al hacerse hombre asume la humanidad y la historia del

hombre, por tanto, “por él hemos alcanzado, mediante la fe, la gracia en la que estamos afianzados, y por él nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Rm 5, 1-2), percibir la gracia en la creación y de manera particular en todo hombre es abrirse a la posibilidad de reconocer a Dios en medio de cada circunstancia, ya sea como bendición y manifestación de la misma o como horizonte posible en medio del caos, la gracia supera los límites teóricos que el hombre le ha impuesto, “la gracia es siempre encuentro, es una extrapolación de Dios, que se da al hombre, y del hombre, que se da a Dios. La gracia es, por naturaleza ruptura de mundos cerrados sobre sí mismos, relación, éxodo y comunión” (Boff, 2001, p. 17). En otras palabras, la gracia es ese amor desbordado de Dios Padre por medio de Cristo su Hijo en la cruz para la santificación y salvación de toda la creación, por tal manera, es fundamental que todo hombre asuma su carne, su debilidad, su compromiso social de cara a la gracia dada por amor en Cristo, quien es el reino en medio de los hombres, la esperanza posible y palpable a través del amor, de la caridad, de la compasión, del compromiso, del gozo de sentirse rescatado.

Conclusiones

En resumidas cuentas, es claro que el pueblo de Dios en sus distintas épocas de la historia ha sido testigo de la fidelidad a la promesa de salvación, en cada momento se ha manifestado la esperanza salvífica para el hombre y toda la creación. Si bien, al principio para los primeros testigos no era tan clara esta realidad, ahora la Iglesia es testigo de la voluntad de Dios Padre en Cristo Jesús con su encarnación de que el Reino de Dios ha sido instaurado en la tierra en medio de las distintas condiciones y realidades del hombre, una gracia dada a todos, abierta a todos.

Si bien el sufrimiento y la desgracia son realidades que oscurecen la esperanza, no es motivo para dejar de trabajar por ella, no es motivo para dejar de sentir la gracia de Dios actuante en la historia, porque “la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado” (Rm 5, 1-2). En esos momentos de incertidumbre no hay que perder de vista que el mundo es y espera ser transformado por cada uno de los hombres y mujeres que habiendo sido reconfortados por el amor de Dios se ven movidos a manifestar esa esperanza recibida en sus vidas, “el mundo no será suprimido, sino que, como dice san Pablo, también él será transformado en gloria” (Sayés, 2006, p. 159)

Una gloria que no es comprendida solamente en una realidad futura atemporal, sino

una esperanza concreta, que se muestra en la singularidad de la praxis, en cada instante. El hombre no puede ser un creyente pasivo, que espera la salvación y la esperanza futura de la gloria, sino que ha de trabajar constantemente por y en ella, logrando que se manifieste de manera prudente, en el momento indicado la esperanza escatológica. Cuando se comprende esa necesidad del instante esperanzador se supera todo tiempo cronológico, porque “ese tiempo que se escapa a la cronología y que ya no se puede “contar” –y que no podemos “calcular”– es el *Kairós*: pura emergencia que quiebra cualquier cronometría” (Sanguinetti, 2023, p. 43). Es allí donde el cristiano y todo hombre logra pasar del *Kairós* temporal, al *Kairós* escatológico donde Cristo es quien se manifiesta en cada acto del hombre en medio de sus realidades que buscan, esperan y atestiguan la esperanza.

Finalmente, el ser humano está llamado no solo a proclamar la salvación en nombre de toda la creación, sino a confiar en el sacrificio de Cristo que por su glorificación tiene junto a él nuestros nombres. De allí que podamos gozar desde ya la esperanza escatológica, pues el cielo ha comenzado, la Iglesia pueblo de Cristo es la cosecha del Padre, en tanto que Cristo nos ha hecho partícipes de su gloria, ahora es trabajo de cada hombre y cada mujer marcar el *Kairós* escatológico de salvación, confiando en el gran día donde toda la creación sea en Cristo (Ef 1, 3-16).

Bibliografía

- Ballesteros Guerrero, I. L., Escobar Mejía, J. E., & Moncada Guzmán, C. J. (2025). Teología espiritual y fenomenología encarnada en diálogo para la reconstrucción del sentido. *Perseitas*.
- Benedicto XVI. (2007). *Carta Encíclica Spe Salvi*. Paulinas.
- Boff, L. (2001). *Gracia y Experiencia Humana*. Trotta.
- Bustamante, G. B. (2017). *Revelación, teología y Vida Cristiana N°2*. Fundación Centro de Fe y Cultura.
- Comisión Teológica Internacional. (1990). *Algunas cuestiones actuales de Escatología*.
- Concilio Ecuménico Vaticano II. (2006a). *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium, 21 de noviembre de 1964*. Ed. San Pablo.
- Concilio Ecuménico Vaticano II. (2006b). *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual Gaudium et Spes, 7 de diciembre de 1965*. Ed. San Pablo.
- Ellacuría, I. (1994). Escatología e Historia. *Revista Latinoamericana De Teología*, 113(31), 113-129.
- Escobar Mejía, J. E., & Ballesteros Guerrero, I. L. (2024). En busca de lo Trascendental: Educación Religiosa Escolar en la fenomenología de la percepción. *Revista Virtual*

Universidad Católica del Norte.

- Francisco. (2013). *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium*. Paulinas.
- Garrido, R. Q. (2002). Introducción a la metodología de investigación cualitativa. *Revista de psicodidáctica*, 13, 5-39.
- Gaviria, L. F. (2019). *Del más allá al más acá: la Escatología como acontecer histórico salvífico*. Cuestiones teológicas.
- Henry, M. (2001). *Encarnación*. Sígueme.
- Kehl, M. (2003). *Escatología*. Sígueme.
- López Saavedra, C. A. (2020). *Resurrección-renacimiento: Diálogo entre cristianismo y buddhismo frente al misterio de la vida y de la muerte desde la intuición cosmoteándrica de Raimon Panikkar* [Tesis de doctorado, Pontificia Universidad Javeriana].
- Moltmann, J. (2004). *La Venida de Dios, Escatología Cristiana*. Sígueme.
- Müller, G. (2009). *Dogmática, teoría y práctica de la teología*. Herder.
- Nolan, A. (2010). *Esperanza en una época de desesperanza*. Sal Terrae.
- Peña, J. L. (2011). *La Pascua de la Creación - Escatología*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Queiruga, A. T. (1995). *Recuperar la salvación*. Sal Terrae.
- Ratzinger, J. (2021). *Obras Completas X Resurrección y Vida Eterna*. Biblioteca De Autores Cristianos.
- Restrepo, D. H. (2010). *Husserl y el Mundo de la Vida*. Franciscanum.
- Sanguinetti, G. C. (2023). EL INSTANTE: Kairós y Temporalidad, Kairológica en Martin Heidegger. *Revista de Filosofía*, 80(2), 35-60.
- Sayés, J. A. (2006). *Escatología*. Palabra.